

Stoa

Vol. 6, no. 11, 2015, pp. 61-75

ISSN 2007-1868

EL FUNCIONALISMO Y EL PRAGMATICISMO DE PEIRCE:
HACIA UNA ONTOLOGÍA MÁS VIABLE DE ESTADOS
MENTALES

DARIN McNABB

Instituto de Filosofía
Universidad Veracruzana
darinmex@gmail.com

RESUMEN: El pragmatismo de C. S. Peirce es conceptualmente isomórfico a la tesis funcionalista que se ha desarrollado en las ciencias cognitivas. Esta tesis, que se ocupa principalmente del significado o semántica de los contenidos mentales, sufrió varios cambios que lograron purgarlo de consecuencias teóricas no deseables. Su versión actual, la semántica de papel funcional, es aceptada por la mayoría de los que trabajan en las ciencias cognitivas, sin embargo sostiene una ontología que contradice su tesis básica. El desarrollo de la doctrina de Peirce, del pragmatismo al pragmaticismo, refleja cercanamente los desarrollos en el funcionalismo, sin embargo Peirce evita las contradicciones que la semántica de papel funcional enfrenta. Dada la gran similitud en estas dos historias, este escrito propone que el funcionalismo actual adopte las tesis ontológicas del pragmaticismo de Peirce para resolver sus dificultades conceptuales.

PALABRAS CLAVE: Funcionalismo · compromisos ontológicos · máxima pragmática · teoría semántica · distinción tipo/token

ABSTRACT: The pragmatism of C. S. Peirce is conceptually isomorphic to the functionalist thesis developed in the cognitive sciences. This thesis, concerned primarily with the meaning or semantics of mental content, underwent a number of changes meant to purge it of undesirable theoretical consequences. Its current version, functional-role semantics, is accepted by the majority of those in the cognitive science community, but adheres to an ontology that contradicts its basic thesis. The development of Peirce's doctrine, from pragmatism to pragmaticism, reflects quite closely the developments in functionalism, but

Peirce avoids the contradictions that beset functional-role semantics. Given the very close similarity in these two developments, this paper proposes that current functionalism adopt the ontological theses of Peirce's pragmatism in order to resolve its conceptual difficulties.

KEYWORDS: Functionalism · Ontological Commitments · Pragmatical Maxim · Semantics Theory · Type/Token Distinction

Hace más de cien años, Charles Sanders Peirce publicó una serie de artículos en la revista *El Monist* que en su conjunto se conoce hoy en día como su *Metaphysical Series*. Los escribió hacia el final de una larga y muy productiva carrera intelectual, la cual se inició con una serie de escritos sobre la naturaleza de la investigación en la que se introdujo una idea por la que es ahora famoso: la máxima pragmática. Posteriormente, Peirce criticó la formulación original de la máxima y cambió el nombre con el que había bautizado su idea de pragmatismo a pragmatismo. Lo que a grandes rasgos nos interesa en este escrito es mostrar cómo una serie de escritos de Peirce introduce los contornos generales de un tema fundamental en las ciencias cognitivas, el del funcionalismo, y luego cómo desarrollos importantes en su pensamiento, culminando en los escritos del *Monist*, anticipan algunos de los hitos más significativos en la breve historia del desarrollo teórico del funcionalismo. Con base en lo anterior, queremos detallar la novedosa solución que proporciona a debates contemporáneos sobre la naturaleza y viabilidad del funcionalismo como modelo teórico general con aplicación en las ciencias sociales.

Empezaremos al esbozar el contexto filosófico en el que se escribieron los célebres escritos tempranos de Peirce y las conclusiones a las que llegó, específicamente, la máxima pragmática y su doctrina de los pensamiento-signos. Señalaremos el grado notable en que lo anterior refleja tanto los debates filosóficos que rodeaban el nacimiento del funcionalismo contemporáneo como sus tesis teóricas básicas. Posteriormente, pasaremos a examinar el impacto que el funcionalismo tuvo en teorías de la semántica, en especial en la teoría de la semántica de papel funcional. Este último es, quizá, la postura más popular entre la mayoría de los que trabajan en las ciencias cognitivas y la inteligencia artificial. Tras una discusión de algunos problemas fundamentales

que esta posición enfrenta, volveremos a Peirce y su crítica de la formulación original de la máxima pragmática. Creemos que el pragmatismo que posteriormente propuso responde a las dificultades a las que acabo de aludir. Específicamente, afirmaremos que la semántica de papel funcional debe ampliar sus compromisos ontológicos más allá del fisicalismo actualmente de moda (lo cual implica el nominalismo que Peirce tanto despreciaba) para incorporar la cualidad contrafáctica de los estados mentales que la semántica papel funcional, a cara de debates contemporáneos, ha tenido que admitir.

1. Peirce y la máxima pragmática

Peirce empezó su carrera filosófica no en el sillón, sino en el laboratorio. Todo lo que escribió refleja de alguna forma u otra su experiencia en la investigación científica y su intento de elaborar una respuesta a la pregunta: “¿Cómo deberíamos investigar el mundo?” En la época de Peirce la lógica del descubrimiento científico se entendía en términos de la deducción y la inducción. El trabajo científico acumulaba observaciones que la inducción generalizaba en leyes o principios generales que luego podrían usarse para determinar deductivamente casos individuales que caían bajo ellas. Sin embargo, Peirce insistía que este escenario carecía de un elemento importante, a saber, la hipótesis o lo que llamaba la abducción. Nos encontramos en nuestra experiencia con un fenómeno que el abanico de nuestras creencias no puede explicar. Proponemos una hipótesis para explicarlo, deducimos las consecuencias de la hipótesis, y las probamos inductivamente en la experiencia.

Fue en este contexto que Peirce introdujo su célebre máxima pragmática:

Considérese qué efectos, que pudieran concebiblemente tener repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos constituye la totalidad de nuestra concepción del objeto (2012, tomo 1, p. 180).

Propuso la máxima como una herramienta lógica para la determinación de la admisibilidad de hipótesis. No nos dice cuál hipótesis es la correcta, sino sólo en qué consiste y cómo puede distinguirse de otras. El carácter funcionalista de la máxima se expresa de forma bastante

clara en un comentario que Peirce hace en un artículo sobre George Berkeley. Dice:

Una regla mejor para evitar los engaños del lenguaje es ésta: ¿cumplen las cosas la misma función prácticamente? Entonces, dejemos que las signifique la misma palabra. ¿No la cumplen? Entonces, dejemos que se distingan (2012, tomo 1, p. 147).

Aun cuando, para Peirce, la máxima ejercía un papel limitado y muy específico en su arquitectónico, constituía un reto importante para el paradigma epistemológico moderno ya que abrió las misteriosas regiones de la mente cartesiana en la que supuestamente nuestras ideas residían, proporcionándolas una accesibilidad y cualidad públicamente observable que hasta entonces no tenían gracias a teorías epistemológicas rivales fundadas en lo que para Peirce eran las erróneas presuposiciones cartesianas sobre la naturaleza de la mente y la realidad. En vez de preguntar *qué es* una idea, Peirce pregunta *qué hace*, lo cual, como veremos, anticipa de manera clara las doctrinas funcionalistas del siglo veinte.

La máxima es sólo una parte de una crítica más amplia que Peirce hace del paradigma epistemológico moderno. La metafísica sustancialista de Descartes generó el problema de cómo el *res cogitans* se relaciona con el *res extensa* en la formación de juicios de los que podemos tener certeza. La respuesta de Descartes fue que esta certeza se alcanzaba en actos de intuición, utilizando desde luego los criterios de claridad y distinción. Al demostrar la insuficiencia práctica de esos criterios, Peirce puso en tela de juicio el modelo intuicionista y puso en su lugar uno inferencialista. En su propuesta, la actividad mental se entiende en términos de inferencias que se hacen a partir de hechos externos. No hay ninguna substancia ni primera premisa que fundamente una serie de inferencias. Más bien, el yo mismo es una inferencia creada como una hipótesis para explicar hechos externos y está inmerso en una serie de semejantes cadenas inferenciales en una comunidad de investigadores. Este modelo lleva a Peirce, en su escrito “Algunas consecuencias de cuatro incapacidades”, a romper de forma decisiva con modernas formas de dualismo. Una de las consecuencias de nuestra incapacidad de intuir de forma inmediata es que la consecuente natu-

raleza inferencial de la cognición hace que el hombre no sea más que el cúmulo de procesos sígnicos. Dice:

[N]o hay ningún elemento en absoluto de la consciencia del hombre que no tenga algo que le corresponda en la palabra; y la razón es obvia. Es que la palabra o signo que el hombre usa es el hombre mismo. Pues así como el hecho de que todo pensamiento sea un signo, en conjunción con el hecho de que la vida sea una sucesión de pensamientos, prueba que el hombre es un signo, así el hecho de que todo pensamiento sea un signo externo prueba que el hombre es un signo externo. Esto quiere decir que el hombre y el signo externo son idénticos, en el mismo sentido en que las palabras homo y hombre son idénticas. Por tanto, mi lenguaje es la suma total de mí mismo; pues el hombre es el pensamiento (2012, tomo 1, p. 98).

y agrega:

Los psicólogos proponen ubicar varios poderes mentales en el cerebro; y sobre todo consideran que la facultad del lenguaje reside, casi sin lugar a dudas, en cierto lóbulo; sin embargo, yo considero que es mucho más verídico (aunque no sea realmente verdadero) decir que el lenguaje reside en la lengua. En mi opinión, decir que los pensamientos de un autor vivo están en cualquier copia impresa de su libro es más verdadero que decir que están en su cerebro (1958, 7.364).¹

En su *Discurso sobre método*, Descartes distingue cuidadosamente entre lo humano por un lado y lo animal y mecánico por el otro. Se podría construir un autómata que imitara la conducta humana pero, por carecer de conciencia, sería una mera máquina porque “jamás podría usar palabras u otros signos, que componemos para declarar nuestros pensamientos a otros” (Descartes, 1968, p.72). Desde este punto de vista, los signos son parte del mundo de cosas extendidas que el cogitans utiliza para expresar sus ideas. Al equivaler el hombre con el signo, Peirce llega al meollo de la filosofía cartesiana, y con la posterior elaboración de su pansemiotismo problematiza el abordaje de cuestiones epistemológicas y cognitivas que concibe el hombre y la conciencia en términos sustancialistas.

Leyendo las citas anteriores, es difícil evitar pensar que si las computadoras hubieran existido en su época, el campo de la inteligencia ar-

¹ La cita numérica se refiere al número de volumen, seguido por un punto y por el número de párrafo dentro del mismo.

tificial habría empezado a tomar forma un siglo antes, ya que aquí se encuentra la ruptura radical con la metafísica moderna que posibilita semejante forma de pensar. Curiosamente, aun cuando la mayoría consideran a Alan Turing como el padre de la computación y de la inteligencia artificial, sería muy fácil ver su célebre test de la inteligencia, entendido como una máxima operacionalista, como simplemente otra formulación de la máxima pragmática. El punto importante, sin embargo, es que en unos cuantos escritos seminales Peirce anticipó la idea funcionalista básica de que muchas cosas, tales como la cognición humana y los sistemas sociales, pueden entenderse y diferenciarse en términos de los efectos prácticos que estas cosas suscitan. La crítica que posteriormente hizo de la interpretación popular de la máxima nos proporcionará una manera de reformar los compromisos ontológicos problemáticos del funcionalismo. Sin embargo, primero examinaremos el contexto del nacimiento del funcionalismo y su desarrollo en teorías semánticas contemporáneas.

2. Del funcionalismo a la semántica de papel funcional

El funcionalismo contemporáneo es producto de circunstancias similares a las que caracterizaron el nacimiento de la máxima pragmática. Ya hemos visto que Peirce encontraba insatisfactoria la ambigüedad operacional de los criterios cartesianos. De manera parecida, la filosofía de la mente en los años cincuenta se encontraba con una propuesta atractiva pero a la vez problemática que hoy en día se conoce como la teoría de fisicalismo de tipo. Era atractiva porque naturalizaba la conciencia, haciendo que los estados mentales supervinieran en estados físicos del cerebro (una posición que sostienen la mayoría de los filósofos de la mente y científicos cognitivos), pero problemático porque sostenía que cada tipo de estado mental (*e.g.* ver rojo, o sentir dolor en general) era idéntico con o reducible a un tipo particular de estado fisiológico del cerebro. Por razones obvias, esto no convenía para nada a los que promovían la posibilidad de la inteligencia artificial. Incluso incomodaba a los filósofos de la mente ya que parecía hacer que el rojo o el dolor que otras especies veían y sentían fuera algo cualitativamente distinto. Y esto simplemente parecía contraintuitivo. Para salir del dilema, Hilary Putnam propuso que los estados mentales son realizables de forma múltiple, una propuesta que llamó funcionalismo. El compromiso

ontológico sigue siendo fisicalista pero lo delimita a *tokens* de estados mentales, no tipos. De esta manera, la teoría token-identidad permite que un tipo de estado mental puede realizarse en diferentes tipos de estados fisiológicos del cerebro.²

Sin embargo, lo novedoso de la propuesta funcionalista no era la contribución que hacía a la ontología, sino a la semántica. Dio a investigadores en psicología, las ciencias cognitivas y la inteligencia artificial un procedimiento experimental para distinguir entre estados mentales en términos de los papeles funcionales que estos estados involucraban. De esta manera, proporcionó una manera de evitar el Escila de los parámetros experimentales poco sofisticados del conductismo y el Caribdis de las abstracciones metafísicas de la filosofía de la mente.

La tendencia general hacia la naturalización en teorías de la cognición se ha manifestado naturalmente también en el campo de la semántica. Entre las teorías principales por el lado de la naturalización se encuentra la semántica de papel funcional, la cual parece ser la preferencia de muchos que trabajan las ciencias cognitivas. En un estudio bastante incisivo, Botterill y Caruthers argumentan a favor de una interpretación funcionalista del significado al evaluar las deficiencias de la semántica informacional y la semántica teleológica.

La semántica informacional afirma que el significado consiste en relaciones causales particulares entre la mente y el mundo, de modo que “si un término mental ‘S’ significa S, eso quiere decir que tokens de ‘S’ co-varían causalmente con S’s” (Boterrill y Caruthers, 1999, p. 163). Usando su ejemplo, la idea es que el término “ratón” significa *ratón* porque un token de ‘ratón’ en la creencia es fiablemente causado por la presencia de ratones, y sólo por la presencia de ratones. El problema que la semántica informacional enfrenta parece asemejarse al que Frege trató de resolver en “Sobre el sentido y la referencia”. Si el significado es una función de una relación causal con su referente, entonces se presenta el problema de cómo explicar la naturaleza de enunciados de identidad no tautólogos, como en su célebre ejemplo de la estrella matutina y la estrella vespertina. Frege respondió al distinguir entre el sentido y la referencia. La semántica informacional ha respondido al simplemente incluir en el referente todos los posibles estados de cosas en el mundo que podrían suscitar un token de un término mental

² Por cierto, la distinción tipo/token fue introducida originalmente por Peirce.

dado. Esto, sin embargo, es una salida que no proporciona ningún criterio efectivo para delimitar la extensión referencial de un concepto en cualquier caso dado.

Una propuesta que ha respondido este problema es la teleosemántica. Se acerca mucho al modelo funcionalista al suponer que la mente, como el cuerpo, ha evolucionado bajo ciertas condiciones, de modo que un elemento dado de la mente tiene una función dada que le corresponde. La idea es que ciertos estados, conceptos o ideas mentales han resultado exitosos en el pasado, lo cual en esta teoría implica que el significado del estado mental en cuestión, o su función, es simplemente la manera de actuar que haya resultado exitoso.

Esta propuesta proporciona en efecto una forma de determinar el contenido mental, pero hay un problema que enfrenta que Botterill y Caruthers ilustran con el ejemplo del reflejo de mordisco de una rana. Normalmente diríamos que este reflejo es provocado por la representación perceptible de una mosca, de modo que, para la rana, la representación de moscas es la función o “significado” del percepto de la rana. Sin embargo, preguntan si esto puede vindicarse en términos de función. ¿Por qué moscas y no pequeñas cosas negras o perdigones (ya que estos también causan el reflejo de mordisco)? De la misma manera se podría decir que la función del percepto de la rana es la de representar pequeñas cosas negras, “dado que ese estado ha evolucionado debido al efecto que tiene de causar mordiscos que han conducido (dado el hecho de que todas las pequeñas cosas negras son moscas) a mayor probabilidad de supervivencia” (p.172).

El problema de la delimitación vuelve para teleosemántica. Como estos autores comentan, Fodor ha argumentado que la noción de función puede utilizarse para distinguir entre moscas y perdigones sólo en términos contrafácticos, mas no en términos de la historia efectiva de selección. Es decir, si la rana hubiera vivido en un entorno donde todas las pequeñas cosas negras que se movían eran perdigones, el estado perceptual en cuestión no se habría desarrollado. “Entonces, si la función de un estado estriba en aquellos efectos que aseguran su existencia en circunstancias actuales y contrafacticas, podemos decir que la función del detector de movimiento de la rana es la de representar moscas y no o bien pequeñas cosas negras o moscas-o-perdigones” (p. 172).

Dado los problemas con un funcionalismo historicista, la semántica de papel funcional se ha propuesto en términos estrictamente sincrónicos. En este sentido, el contenido de un estado mental se determina en términos de “su papel funcional o causal dentro del sistema, donde la caracterización del papel causal de un estado no es más que una descripción del patrón característico de causas y efectos que normalmente tiene dentro del sistema . . .” (p. 176).

La noción de “efectos” nos recuerda de la máxima pragmática de Peirce donde el contenido mental se entiende en términos de los efectos prácticos concebibles del objeto de nuestra idea. Peirce llegó a ver las consecuencias desagradables que su máxima implicaba, consecuencias de las que se distanciaba al formular su pragmaticismo. Como veremos, las consecuencias desagradables que el modelo de papel funcional enfrentará es la determinación arbitraria de la función. Para evitarla, tendrá que recurrir a una posición que nosotros consideramos muy parecida al pragmaticismo de Peirce. Antes de discutir esto, pasemos a un examen de cómo Peirce critica su máxima y la solución que propone.

3. Del pragmatismo al pragmaticismo

En el mismo artículo donde se introduce la máxima, Peirce la aplica a una concepción particular, la de la dureza. ¿Qué significa llamar dura a una cosa?

Evidentemente, que no será rayada por muchas otras sustancias. Toda la concepción de esa cualidad, como de todas las demás, reside en sus efectos concebidos. No hay en absoluto ninguna diferencia entre una cosa dura y una cosa blanda mientras no se sometan a prueba (Peirce, 2012, tomo 1, p. 180).

Lo que Peirce describe aquí es una prueba real que se lleva a cabo, de modo que el significado de dureza sería todas aquellas consecuencias experimentadas en el curso de probar nuestras expectativas de algo. Parece que está reduciendo el significado a los efectos sensibles que resulten de algún procedimiento de prueba.

Peirce pregunta más a fondo por las consecuencias de la máxima al considerar una situación en la que un diamante se cristaliza en medio

de una almohadilla de algodón, permaneciendo ahí hasta que se desintegre por completo. Pregunta qué es lo que nos impediría decir que el diamante era blando, o que “todos los cuerpos duros permanecen perfectamente blandos hasta que son tocados, cuando su dureza se incrementa con la presión hasta que son rayados. . . no habría ninguna falsedad en tales modos de hablar” (2012, tomo 1, p. 180). Al decir esto Peirce se acerca mucho a una posición nominalista, postura que choca con sus convicciones realistas. Dándose cuenta de su error, emprendió un largo proceso de reconceptualizar la máxima en el contexto de los componentes metafísicos, lógicos y semióticos de su arquitectónica. Como sabemos, cambió el nombre de su doctrina de pragmatismo a pragmaticismo. En el contexto de este último dio un nuevo ejemplo de aplicar la máxima, esta vez con referencia al concepto de peso. “El tintero sobre la mesa es pesado [por lo cual] queremos decir simplemente que si su soporte se quita caerá al suelo. Puede que esto jamás suceda; sin embargo, decimos que es realmente pesado todo el tiempo” (1958, 7.341). Volviendo al ejemplo del diamante, no concebimos su dureza sólo cuando intentamos rayarlo con algo. Más bien, cuando aplicamos la máxima, el significado se determina no por alguna prueba actual, sino por una ley real manifestada por los efectos que resultarían si lo probáramos. Usar la máxima consiste en hacer un experimento de pensamiento que gira en torno al uso de condicionales contrafácticas, no pruebas actuales, para hacer explícito el significado. Los efectos prácticos que observamos son acontecimientos particulares en el espacio y el tiempo, cosas que Peirce llamaría segundos, pero los conceptos intelectuales que les corresponden no son reducibles a esos acontecimientos. Como dice Peirce:

Los conceptos intelectuales. . . conllevan esencialmente alguna implicación concerniente a la conducta general. . . y por tanto transmiten más, no meramente que cualquier sensación, sino más, también, que cualquier hecho existencial, a saber, los “actos posibles” [*would-acts*] de la conducta habitual; y ninguna aglomeración de acontecimientos actuales puede llenar nunca completamente el significado de un “posible” [*would-be*] (2012, tomo 2, p. 485).

El significado entonces es algo general, no particular, y se revela no como función de algún acto en particular, sino de los hábitos que guían esos actos.

Ahora podemos volver a la semántica considerada desde el punto de vista funcionalista. Terminamos nuestra discusión con el problema de la historia generado en la semántica teleológica. Si rechazamos la naturaleza evolutiva de la noción de función, eso nos regresa al problema de criterios objetivos para la delimitación de contenidos. Sin embargo, vimos que los comentarios de Fodor con respecto a lo contrafáctico parecen señalar una salida del problema. De hecho, estas consideraciones constituyen el punto de partida para la semántica de papel funcional.

Para recordar, la función de un estado ya no es aquello que haya sido seleccionado históricamente bajo la presión evolutiva, sino simplemente su papel causal dentro del sistema, es decir, el patrón característico de causas y efectos que normalmente tiene dentro del sistema. No obstante, Botterill y Caruthers preguntan, “¿... exactamente cuáles de las causas y efectos normales de un estado deberían usarse para individualizarlo? ¿Todos? ¿Y sólo las causas y efectos actuales dentro de un pensador en particular?” (p. 177) Los autores responden que no, que el funcionalismo al aplicarse a estados mentales pretende individualizar tales estados en términos de sus interacciones causales potenciales con estímulos corporales. Si esto no fuera así, entonces pareciera que tendríamos que afirmar, por ejemplo, que mi dolor tiene que ser un tipo de estado mental distinto al tuyo, meramente porque tengo un deseo digamos de parecer valiente mientras que tú no. Al contrario, los funcionalistas insistirán que nuestros estados son lo mismo, a condición de que tendrían los mismos efectos si todos nuestros estados mentales fueran similares.

El conjunto de conexiones potenciales, en lugar de conexiones actuales, es lo que a fin de cuentas proporciona una forma de distinguir entre diferentes estados, evitando tanto el problema asociado con la semántica informacional y con la teleológica como el problema de la relatividad del observador y la arbitrariedad en la determinación del contenido.

4. Funcionalismo y ontología

A pesar del examen muy breve del argumento que estos autores hacen a favor de la semántica de papel funcional, nos proporciona bases muy claras para discutir los presupuestos ontológicos de la ciencia cognitiva naturalizada. En *Mindware*, Andy Clark resume estas presuposiciones de forma concisa y elegante: “La mente [*mindfulness*] no es más que materia bien orquestada” (p. 5). Peirce al contrario afirma: “La materia es mente débil” (1958 6.25). En otro contexto, la conjunción de estas dos afirmaciones podría constituir una brecha inconmensurable entre dos cosmovisiones rivales: el realismo y el idealismo. Sin embargo, en el contexto presente parece más bien profundamente sugerente, dada la medida en que el pragmatismo, articulado en el marco de una síntesis de realismo e idealismo, presagia las mismas conclusiones a las que la semántica de papel funcional ha llegado.

El funcionalismo nunca se ofreció como una teoría ontológica de la mente. La ontología de la ciencia cognitiva del siglo veinte siempre ha consistido en la materia cerebral (bien orquestada, por supuesto). Era necesaria su introducción, como vimos, para evitar las burdas consecuencias de la teoría del fisicalismo de tipo. Si los estados mentales, como afirma el funcionalismo, pueden realizarse de forma múltiple, la identidad entre mente y cerebro ya no es un criterio suficiente para la distinción. Más bien, en estado mental debe identificarse con los efectos normalmente asociados con él. Por lo tanto, el funcionalismo proporciona un criterio operacionalista, una máxima, bastante similar a la máxima pragmática de Peirce.

Ahora bien, hemos discutido teorías semánticas para tratar la cuestión de la ontología de los estados mentales en términos de función. Pareciera que esto es en algún grado distinto de una discusión de la naturaleza de la mente o de los estados mentales como tal. ¿Acaso no podemos preguntar por la naturaleza de un estado mental, y luego preguntar qué significa? El funcionalismo responde de forma negativa porque los dos son equivalentes. Hay que hablar de los estados mentales en términos de su función, y cualquier significado posible que ese estado pudiera tener debe relacionarse con esa función, con la serie de efectos que se derivan de él. Como dijo Peirce: “nuestra concepción de esos efectos constituye la totalidad de nuestra concepción del objeto”.

Relacionar el significado con cualquier otra cosa, sean cerebros o ideas platónicas, nos regresa a todos los problemas que era la finalidad del funcionalismo resolver.

Es por esa razón que estimamos las conclusiones de la semántica de papel funcional como decisivas para una discusión de la ontología de la función en teorías de la mente. Para la semántica funcionalista, las condicionales contrafácticas y la noción de lo potencial, o el “sería” en términos de Peirce, caracterizan las marcas distintivas de un estado mental, sin embargo, las mismas problematizan la ontología a su base. ¿De qué manera? Nos parece que el mismo uso de la palabra “función”, decir que cierto estado mental tiene cierta función, va más allá de los límites permisibles de un acercamiento generalmente empirista. Suena a algo general, metafísico. En sentido estricto, un funcionalista debería hablar únicamente de los efectos actuales que proceden del estado, dejando por atrás cualquier generalización inductiva que pudiéramos hacer sobre esos efectos y a la que daríamos el nombre “función”. Para Hume, tal generalización sería ilícita.

Sin embargo, de acuerdo con la semántica de papel funcional, no podemos hacer eso sin caer nuevamente en los mismos problemas que esperaba resolver. La conclusión parecería ser que el funcionalismo puede ser una teoría de la mente viable sólo si amplía su compromiso ontológico de modo que atribuya a estados mentales una realidad que no puede reducirse completamente a algún fenómeno en particular, sean neuronas individuales o efectos aislados. Si se quiere hablar de estados mentales en términos de función, entonces la función no puede reducirse a una serie de efectos actuales (lo que Peirce entendería en términos de la segundidad) sino que más bien debería entenderse como un general (la terceridad de Peirce). Un general es algo que gobierna acontecimiento individuales en el futuro.

Aun cuando Peirce afirme de forma muy clara que la materia es mente débil, esto no significa que considera la materia como algún tipo de producto epifenoménico del pensamiento, como un idealismo extremo sostendría. Sin lugar a dudas, Peirce es un realista, pero un realista de cierto tipo. Dice:

Pero puesto que ninguna cognición nuestra está absolutamente determinada, se sigue que los generales deben tener una existencia real. Ahora, habitualmente se considera este realismo escolástico como una creencia en

ficciones metafísicas. Pero, de hecho, un realista es simplemente aquel que no conoce ninguna realidad más recóndita que aquella que se representa en una representación verdadera. Entonces, dado que la palabra “hombre” es verdadera de algo, lo que “hombre” significa es real. El nominalista tiene que admitir que hombre es verdaderamente aplicable a algo; pero cree que debajo de esto hay una cosa-en-sí-misma, una realidad incognoscible. La ficción metafísica es suya (2012, tomo 1, pp. 96-97).

Con destreza lógica, Peirce pone al nominalista a la defensiva, mostrando la metafísica perniciosa que informa su cosmovisión. Pero como esta cita nos muestra, Peirce no sostiene un platonismo rebuscado. La realidad es simplemente aquello que “se representa en una representación verdadera”. Se opone, no a lo no-existente (nominalismo), sino a lo ficticio. Las cosas son o bien reales o ficticios, no en sí mismas, sino sólo en relación con otras cosas. La lógica de los relativos que informa su posición ontológica implica jerarquías de orden emergente que disipan las fáciles dicotomías de la filosofía cartesiana moderna. No es una cuestión del uno o el otro, materia o espíritu. Lo que hace falta, y lo que el pensamiento de Peirce trae a la discusión, es un rechazo de la metafísica de la substancia y la propuesta de una especie de “monismo funcionalmente diferenciado” que se articula en términos semióticos. La base para esta diferenciación, como para toda la filosofía de Peirce, es su estructura categorial de Primeridad, Segundidad y Terceridad. Las categorías filosóficas tratan de dar cuenta, ontológica y epistemológicamente, de todos los fenómenos en el universo. Las categorías de Peirce son fundamentalmente relacionales. La segundidad es la categoría de la existencia, dos cosas en una relación diádica y bruta entre sí. En nuestro contexto, la segundidad correspondería al fisicalismo empírico de la ciencia cognitiva tradicional. La terceridad es la categoría de la mediación, donde una cosa media entre dos más, realizando así una regularidad. Aquí, la terceridad correspondería al mentalismo no-físico característico de la filosofía de la mente tradicional inspirada en el cartesianismo. El eslabón perdido, o categoría que hace falta en las ciencias cognitivas, aquella que podría unir orgánicamente estos dos campos, es la primeridad, a la que correspondería ni lo mental ni lo empírico, sino lo afectivo. El estudio sobre este último constituye un campo emergente de mucho interés en diversas disci-

plinas.³ Se espera que una síntesis filosófica de estos diversos estudios podrá ofrecer un marco conceptual capaz de resolver las dificultades que he intentado articular en este escrito.

Referencias

- Botterill, G y P. Caruthers, 1999, *The Philosophy of Psychology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Clark, A., 2001, *Mindware: An Introduction to the Philosophy of Cognitive Science*, Oxford University Press, Oxford.
- Descartes, R., 1968, *Discourse on Method*, trans. E. E. Sutcliffe, Penguin, Nueva York.
- Peirce, C. S., 1931-1935 y 1958, *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vols. 1-6, (1931-1935), Charles Hartshorne y Paul Weiss, eds., vols. 7-8, (1958), Arthur W. Burks, ed., Harvard University Press, Cambridge. [La cita numérica se refiere al número de volumen, seguido por un punto y por el número de párrafo dentro del mismo].
- , 2012, *Obra filosófica reunida* (dos tomos), Nathan Houser y Christian Kloesel, eds., trad. Darin McNabb, rev. Sara Berrena y Fausto José Trejo, Fondo de Cultura Económica, México.

Recibido: 5 de enero.

Aceptado: 2 de febrero.

³ Véase, entre otros, Damasio, A., 1994, *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*, Harper Collins, Nueva York; Massumi, B., 2002, *Movement, Affect, Sensation: Parables for the Virtual*, Duke University Press, Durham; Merleau-Ponty, M., 1962, *Phenomenology of Perception*, trans. Colin Smith, Routledge y Kegan Paul, Londres.